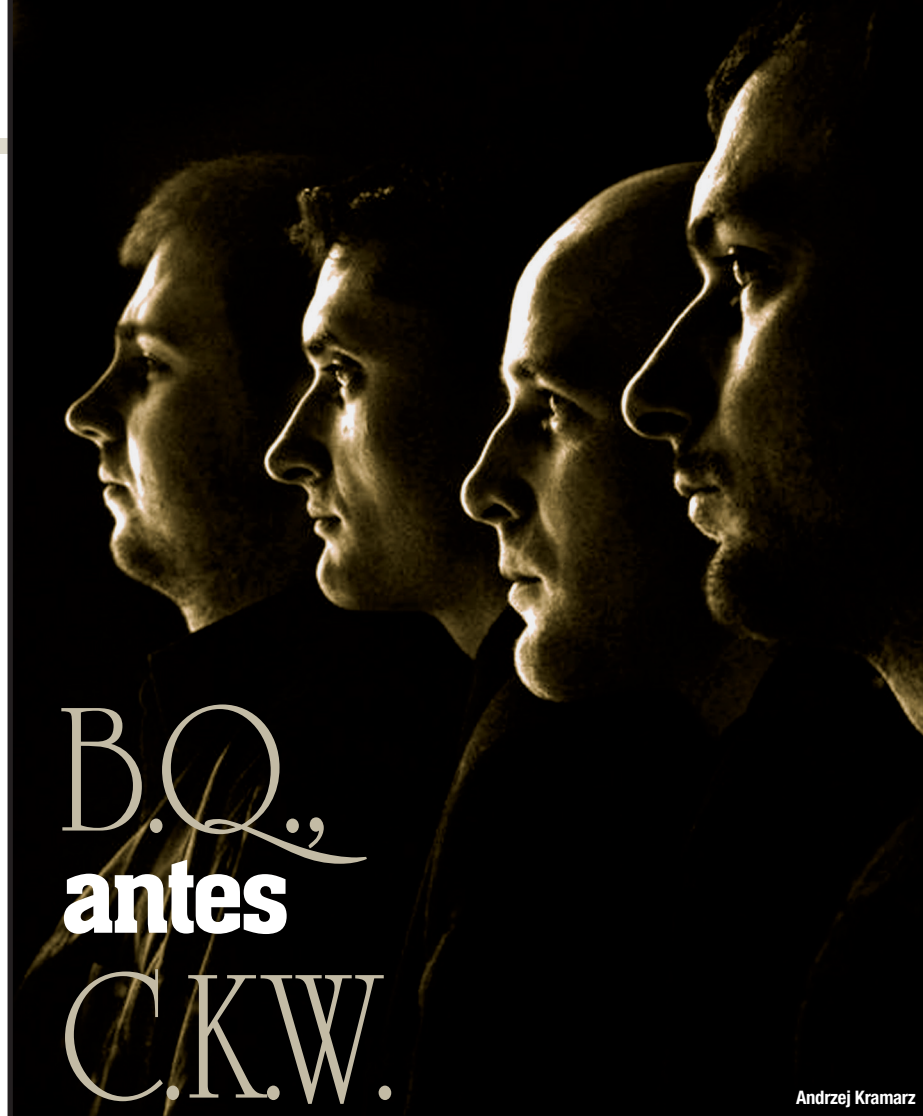


Extraño asunto el de cambiarse de nombre, siempre. Aunque, en unos casos, más. Pensé en ello cuando, el año pasado me enteré de que la Crakow Klezmer Band decidían dejar de llamarse así para denominarse con un más aséptico Bester Quartet. Tras la inicial reacción de escepticismo, lo cierto es que la explicación dada por Jaroslaw Bester, acordeonista, arreglista y líder de la formación, me pareció que tenía bastante sentido, sin embargo...



Pensemos que tras la II Guerra Mundial, Polonia, que había sido el gran asentamiento judío en la Europa del Este, perdía alrededor del noventa por ciento de su población judía. Población que durante cinco siglos había dejado un poso cultural difícil de erradicar, y hasta de obviar, a pesar de los sostenidos intentos por hacerlo y de la barbarie final que se cernió sobre aquella gente. Si a todo ello sumamos que en los años posteriores a la contienda muchos de los pocos que quedaron optaron por largarse, era fácil pensar que el exterminio podía haber llegado a las esferas de la pura cultura, de las tradiciones dejadas, y de cualquier herencia, musical incluida, que pudieran haber aportado los judíos. Afortunadamente, esto no fue así; lamentablemente, lo de las personas sí (o casi del todo).

La hasta ahora llamada **Crakow Klezmer Band**, como otras formaciones o manifestaciones artísticas en Polonia, da fe de la “supervivencia” de ese legado. Ellos, es cierto, han contribuido a man-

tener vivas las formas y esencias musicales de los judíos de la Europa Oriental, los judíos askenazíes, una música pletórica de alegría y de vida. Hasta aquí, todo cierto.

Pero, el bueno de Jaroslaw Bester también tiene razón cuando dice que “no son una banda de klezmer”. Es una afirmación importante porque hace justicia a la tradición klezmer, así como también la hace a su propio trabajo y al resto de aportaciones que sobre él se imprimen.

En este sentido hay una cuestión esencial, y es que la CKB, perdón, el BQ, surgen en un país con una gran cultura musical, con convenciones musicales y académicas muy fuertes, con una red de sociedades filarmónicas extendida por toda Polonia, y que a mediados del siglo XX, con el progresivo asentamiento del jazz, también se fundirá con esos nuevos estilos provenientes de América. En realidad, ni son una banda de klezmer, ni una formación de cámara, ni un combo de jazz, aunque en diferentes dosis tengan algo de todo ello.

Una de las cosas características de su música es la estructura narrativa, de relato, programática, que tienen muchos de sus temas. Introducciones, pequeñas oberturas, desarrollos que parecen calibrados en orden a una idea, capitulados, codas y finales. Se puede escuchar su tema *Bereshit*, o mejor aún, hacerlo viendo el vídeo de animación que la realizadora Justyna Rosa hizo para esta composición, y que tienen colgado en su web. Una animación que, además, se inscribe perfectamente tanto en la estética *koniec* del cine de animación del Este como en la del cartelismo polaco de los 60 y los 70.

No es extraño encontrar un hálito romántico en su trabajo, o al menos en sus “grandes formas”, en la estructuración de las piezas, además de en intervenciones y arreglos puntuales. Lo que es bien normal, pues es justamente el romanticismo un momento de plenitud para la cultura musical polaca. Dándole vueltas, había una cosa que no sabía verbalizar pero que intuía que

estaba ahí. Por casualidad, leí la interesante novela de Jerzy Kosinski *El millón* (1982) y ahí, en boca de un personaje, di con algo: ¿Qué es el *zal*?, pregunta alguien. “Un enigma espiritual: dolor y rabia sofocados por la melancolía. Es una característica emocional de los polacos o de cualquier pueblo que haya sido oprimido durante largos períodos de su historia. Toda la obra de Chopin rezuma *zal*.” Exacto. Y ese *zal* se ha filtrado en su música. Por esa melancolía, mitad remedio mitad rencor, la música del BQ no me parecía jubilosa ni alegre.

Hay aún otra cosa a reseñar, y es esa impronta jazz que hay en ellos, y que puede apreciarse sobre todo en cuestiones de enfoque, de modos: la ejecución, algunos arreglos, el dinamismo y la interacción entre los músicos. Y en esta línea aún cabe añadir que ese trabajo que los de Cracovia llevan a cabo sobre la tradición klezmer, tiene concomitancias con el que algunos jazzmen polacos llevaron a cabo con el folclore a partir

de los años 60. En primer lugar, el gran Komeda y esa generación del primer jazz moderno en Polonia; después, Zbigniew Namysłowski, Tomasz Stanko, el primer Michał Urbaniak, etc. Lo sepan o no, lo hayan buscado o no, Bester y los suyos también se adscriben en esta tradición de jazzmen locales que buscan en las músicas y tradiciones de su país algo con lo que enriquecer el jazz, o incluso, como Namysłowski en el estupendo volumen 6 de la serie *Polish Jazz*, perfilar concomitancias entre formas en apariencia tan dispares. Todo ello ha sido un sello distintivo de al menos una parte del jazz polaco. Se hace patente en todos ellos un rasgo potente y vindicador, el convencimiento de que su campo de acción debía de ser conformado con vegetación y folclore, tradiciones y formas autóctonas, pero no para quedarse ahí, sino para relanzarlo todo lo más lejos posible.

Como las espirales que trazan los martillos de esos forzudos lanzadores, cuyo cable parece que vaya a enroscarse

en sus propias cabezas, la cultura polaca, musical, literaria, teatral, cinematográfica, siempre ha sido muy dada a los saltos temporales, al tiempo detenido, o retardado, demorado, desaceelerado, y a un humor negro repleto de resignación, esto seguramente tomado prestado de los judíos que durante tanto tiempo estuvieron entre ellos.

En el fondo, todas estas cosas no tienen demasiada importancia. Son como los viajes en tren de Gombrowicz o de Schulz, indeterminadamente dislocados, atrapados en la malla del tiempo. Como la peripecia del relato *Sanatorio bajo la clepsidra*, que no es otra cosa que una concesión que la relatividad especial ha hecho a la literatura.

Sea como fuere, entiendo perfectamente lo que dicen Bester y compañía, pero, y espero que me perdonen, yo seguiré conociéndolos como CKB.

www.besterquartet.com



FLAMENCO BIG BAND Perico Sambeat

Con Miguel Poveda, Gerardo Núñez, Javier Colina,
Marc Miralta, Cepillo, Carmen Cortés...

Swing y duende unidos como no habías escuchado.

PERICO SAMBEAT FLAMENCO BIG BAND. En concierto.

XXV FESTIVAL DE JAZZ DE MADRID

19 de Noviembre · 21:00h · Teatro Fernando Fernán Gómez

Al cante PITINGO



FLAMENCO
BIG BAND
Perico Sambeat



IVM
INSTITUT VALENCIÀ DE LA MÚSICA
GENERALITAT VALENCIANA
CONSELLERIA DE CULTURA I ESPORT

PRODUCCIONS
CONTRABAIX



vervemusicgroup.com

UNIVERSAL
UNIVERSAL MUSIC GROUP

universalmusic.es